

La odisea de las frutas dulces de Colombia

Felipe Andrés Criollo Córdoba

Profesor de Comunicación Social

Primer puesto

Con la brisa de la mañana, un alborotado grito se alzó en la vereda:

—¡Vecina! ¡Vecina! ¡Ha ocurrido una tragedia!

La vecina, preocupada, se acercó rápidamente.

—¿Qué ha pasado?»

—Escuche la noticia en la radio:

En las primeras horas de esta mañana, tras intensas lluvias registradas durante la madrugada en la región montañosa, una devastadora avalancha ha sepultado a una familia de papayas. La triste noticia, que ha conmocionado al país, indica que cinco miembros de esta familia de frutas desaparecieron en el lamentable suceso. La búsqueda y rescate están en marcha... Seguiremos informando.

—¡Qué desventura! Eran tan dulces, tan apreciadas, —lamentó una de las frutas agridulces—

Curabas, maracuyás y lulos se cuchicheaban con una mezcla de tristeza y condescendencia: —Tan deliciosas, sin embargo, tan malogradas.

Condenaban: —Si ven, para qué sirve ser dulce, gorda y agradar al paladar. O sea, hasta la madre naturaleza las castiga.

Seguían comentando y no dejaban de alarmarse y sentir lástima por esas pobres y rurales papayas.

No tardaron en llegar las autoridades agridulces del lugar, enviadas por el presidente Piñatero y su ejército de plátanos verdes, fieles guardianes de la ley. Estos plátanos eran la personificación de la firmeza, por eso, en el menor descuido, eran descartados por Piñatero en cuanto mostraban el menor signo

de dulzura. Por eso, cuando los plátanos empezaban a amarillarse sencillamente los daba de baja.

El alcalde Lulo, con una voz grave y resonante, proclamó:

Es un golpe devastador para nuestra comunidad, una gran pérdida, pero como les prometí en campaña, yo no los dejaré solos, por eso estoy aquí. Ahora lo importante es evacuar la zona. Así que sandías y papayas que habitan el sector de la montaña prepárense para salir. Tenemos todo el apoyo de Piñatero y las instituciones para ayudarlos, mientras los reubicamos, pagaremos los arriendos donde elijan vivir durante unos meses. Nosotros compraremos un terreno y construiremos unas hermosas viviendas para sus familias.

Los murmullos entre las sandías y papayas se intensificaron: —¡Oyeron, tenemos que irnos de nuestras casas! ¡Dios mío, al caído, caerle! ¡Por qué habremos nacido tan dulces y gordas, por eso nos pasa lo que nos pasa!

—¡Es el precio que pagamos por ser tan dulces! —exclamó una sandía.

—Ojalá así aprendan esas gordas y dejadas sandías y papayas y hagan algo productivo, y dejen de ser tan dulces, por eso están como están —murmuró al oído el secretario de gobierno al señor alcalde Lulo.

—¡Atención! —sonó la voz de Lulo en el megáfono, otra vez—. No se preocupen, aquí les entregó los planos para que miren como serán sus nuevas casas. Miren lo lindas que serán. Todo el presupuesto saldrá de la entidad nacional agraria y, por lo tanto, cumplida, del fondo nacional de solidaridad para las comunidades de frutas dulces.

Entonces, con el pesar de abandonar sus tierras natales, las sandías y papayas del sector buscaron nuevos lugares para establecerse, depositando su confianza en las promesas de aquel líder agridulce.

Los meses y años transcurrieron, dando paso a diversos alcaldes agridulces. Sin embargo, lo que persistió fue la ausencia del cumplimiento de la promesa de reubicación, a pesar de las ilustrativas imágenes de las hermosas viviendas mostradas en los planos.

—Comadre papaya —empezó la sandía—, ¿recuerda cómo confiamos en sus promesas? A veces creo que nuestra dulzura natural nos hace vulnerables, al fin y al cabo, dimos papaya... cof, cof, digo.

—Es cierto —asintió la papaya—, dígalo tranquila dimos papaya, ja, ja, ja, nuestra esencia dulce es innegable. Pero fíjese, no solo nosotras. Las fresas, cerezas, guayabas, motilones e incluso las moras dulces también desean alzar su voz en protesta.

—Comadre sandía, nosotras hemos puesto nutelas, dulces peticiones, y nada. Vienen abogados y políticos en tiempo de elecciones a decirnos que ahora sí, que ya nos van a dar los ranchitos, pero todas son promesas rotas. Por eso, ahora con mis hermanas papayas cada vez que nos abren duramos poco tiempo dulces y luego intentamos agriarnos. Pero ni así nos han cumplido.

—¿Cómo así?, comadre.

—Sí, venga le cuento. Hablamos con el alcalde Lulo, pero alegó que la solución no estaba en sus manos; le pusimos una nutela, en defensa de nuestros derechos consagrados en la Constitución, pero el juez sentenció que la solicitud era inviable para el municipio. Buscamos apoyo entre los líderes agridulces de la región, pero se desentendieron, sugiriendo que nos dirigiéramos al encargado agrario nacional. Al final, la respuesta fue desalentadora: el Fondo Nacional de Solidaridad para las comunidades de frutas dulces se había agotado. La esperanza resurgió cuando un nuevo alcalde llegó con promesas halagadoras. Sin embargo, tras una década, esas promesas aún no se han concretado. Pero llega nuevamente un candidato a la alcaldía y nos dice palabras tan dulces que nosotros volvemos a creer sin perder la esperanza, pero ya pasaron 10 años y no nos han dado lo que prometieron.

—Ay, comadre, ¡qué pena!

—Sí, así es. ¿Usted se acuerda de mi papayita, la menor?

—Sí, comadre.

—Ella tenía 8 años cuando tuvimos que salir, ahora si la ve es toda una adolescente. La vida nos ha tocado asumirla así, sin tierrita y vivir arrimados. Y Piñatero y todos sus agridulces secuaces siguen haciendo la vida amarga, no solamente a nosotros, sino a la mayoría, sencillamente porque nos cuentan historias dulces que nosotros las creemos.

—¡Qué difícil!, vecina.

—Sí, comadre. Pero se acuerda cuando elegimos a un agrio, pero bien agrio para ver si las cosas cambiaban, y que con la salida de Piñatero todo presagiaba mejor; sin embargo, con la elección de Limonero la cosa se puso más violenta, casi que acaba con nuestras jóvenes sandías, fresas, cerezas, papayas, culpándolas de guerridulces y terroristas de azúcar. Limonero nos puso de limosneros porque nos tocó huir desplazadas a otras tierras. Además, con la participación de los plátanos amarillos, todos esos que eran plátanos verdes, pues Limonero creó una fuerza oscura llamada los platamilitares. Esos si no respetaban ni a su propia madre.

—Comadre comadre, es verdad una no sabe qué elegir, si se va por los agrios, ve lo que paso; los agridulces, ni chicha ni limonada, y los dulces, bueno a esperar que no nos hagan masmelos.

—Masmelos mamertos, dirá vecina, ja, ja, ja.

—Vecina, qué cosas dice.

El tiempo pasó, llevándose consigo esperanzas y promesas, pero algo en el aire comenzó a cambiar. Un día, mientras las frutas agridulces, sandías, papayas y otras seguían lamentando su destino, un susurro comenzó a extenderse por la vereda. Decían que, al otro lado de la montaña, en un valle donde el sol brillaba intensamente y el suelo era fértil, había un lugar para aquellos desplazados por la tragedia. Un lugar donde las frutas podrían volver a florecer, lejos de las promesas vacías y la violencia de líderes pasados.

—¿Has escuchado sobre el valle Esperanza?, comadre —murmuró la papaya con un brillo de esperanza en sus ojos.

—Sí; dicen que allí, lejos de las sombras de los platamilitares y otras fuerzas oscuras, las frutas pueden volver a ser dulces sin temor —respondió la sandía con una sonrisa asomándose en su rostro.

Decidieron entonces emprender el viaje juntas, al lado de otras frutas que anhelaban un nuevo comienzo. A medida que cruzaban la montaña, las historias de antiguas promesas se desvanecían, reemplazadas por sueños de un futuro prometedor. Y aunque el camino no estuvo exento de desafíos, el pensamiento de un hogar donde podían ser ellas mismas las impulsaba.

Al final del viaje, cuando el valle Esperanza se desplegó ante sus ojos con su exuberante verdor y ríos cristalinos, supieron que, aunque las heridas del pasado no desaparecerían, habían encontrado un lugar donde el futuro era brillante, dulce y progresista. Y en ese momento, todas las frutas, independientemente de su sabor, se unieron en un canto de alegría, prometiéndose protegerse mutuamente y asegurarse de que las tragedias del pasado nunca se repitieran.